

¿Tiene usted ya
el lujoso

Almanaque

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

(cubiertas de cartón y papel tela)

para coleccionar las
postales del año 1924?

¡EXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 138

25 cts.



LA
DANZARINA
DEL NILO

por
Carmel Myers
y Malcolm Mac Gregor
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

BARCELONA

AÑO IV

N.º 138

LA DANZARINA DEL NILO

Evocación de una época del Egipto faraónico,
según la novela de **BLANCHE TAYLOR**

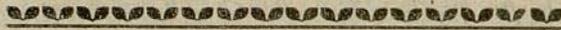
Apasionada historia de amor en la
época del Rey **TUT-ANKH-AMEN**

Interpretación de los prestigiosos artistas:
**CARMEL MYERS, JUNE ELVIDGE,
MALCOLM Mc. GREGOR, etc.**

EXCLUSIVAS "E.C.A."

Consejo de Ciento, 278 - Pral. — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal - fotografía de
LYONEL BARRYMORE



La Danzarina del Nilo

Argumento de la película de dicho título

El descubrimiento de la tumba y de los tesoros del rey Tut-Ankh-Amen de Luxor, la lectura de los jeroglíficos e inscripciones hallados en ella, la contemplación de las pinturas primitivas que la ornaban, en las cuales Tut-Ankh-Amen aparece como primer canciller del reino, nos demuestran que en el Egipto antiguo, como en nuestros modernos tiempos, las pasiones jugaban con las vidas de los hombres y el Amor, el Odio y la Ambición eran los verdaderos tiranos de la humanidad.

*
**

En las orillas del Nilo, el río sagrado, los habitantes de Tebas, hambrientos, enloquecidos por el sol y la sequía, aguardaban con ansia la subida de las aguas, que al salirse de su cauce inundarían los campos, haciendo fructíferas sus cosechas.

En los templos magníficos—contraste cruel con

la miseria del pueblo—, día tras día se hacían sacrificios destinados a aplacar la cólera de Isis, la diosa de la Fecundidad.

Como un gigante erguido sobre la sombría adustez de los inmensos valles de granito, el palacio de los Faraones dominaba la ciudad de Tebas.

En aquel palacio, la hija favorita del Faraón, aprovechando la ausencia de su padre, que guerreaba en los campos de batalla, había convertido los amplios salones en teatro de una perpetua orgía, hasta donde llegaban, apagados por la distancia, los clamores de la plebe hambrienta.

Aquella mujer era la princesa Ankhanasaton, altiva y soberbia y desalmada. En representación paterna, llevaba las riendas del gobierno con mano firme y gesto duro.

Arvia, esclava danzarina de la Princesa, era la preferida de ésta por su talento artístico y ejemplar sumisión. El origen dudoso de la primera y las cadenas que ataban su independencia, no la habían privado de que la risa floreciera en sus labios ni de que la alegría de vivir anidase en su corazón.

Cierto día, después del baile, Arvia no se resolvió a acercarse a la Princesa, pues a su lado había tendida una fiera.

—¿Temes al leopardo, la fiera sagrada?... Ahora verás que es inofensiva como un manso cordero... —le dijo la Princesa al tiempo que sus manos acariciaban el lomo del animal.

El leopardo no respetó a la orgullosa mujer, pues al sentirse *molestado*, le arañó un brazo.

Despechada, la Princesa, tuvo sed de venganza inmediata.

—¡Mata a este animal!... ¡Mátalo en el acto!— ordenó a uno de sus corpulentos esclavos de confianza.

El mandado aplastó la cabeza de la osada bestia.

Los que presenciaron esta escena ocultáronse el rostro con sus manos. Arvia temblaba, además.

—¿Sigues temiendo, verdad?... ¿Temes ahora la venganza de los dioses, por haber dado muerte a la fiera sagrada?—prosiguió la Princesa dirigiéndose a Arvia en tono de reproche y desafiando con la fuerza de su poder a los que estaban por encima de él.

La esclava inclinó su gentil rostro, presa como estaba de singular intranquilidad.

La Princesa, no viendo más que caras preocupadas, soltó el freno de su irresistible cólera.

—¡Fuera de aquí!... ¡Fuera todo el mundo!—clamó, sobreponiéndose a los reproches que le hacía su conciencia.

Y quedó sola, con su soberbia y crueldad.

En la plaza del mercado de Tebas nobles y plebeyos, ricos y pobres, se mezclaban durante el día en apiñada multitud.

—¡Aun no ha subido el Nilo!... ¡Y nuestras tierras están quemadas por el sol y el pueblo se muere de hambre!—comentaban lastimeramente unos artífices de alfarería.

Arvia, acompañada de otra esclava, efectuaba algunas compras para la Princesa, por encargo de la misma, cuando de súbito llegó a su lado—al reconocerla desde lejos—una mendiga.

Era ésta un personaje popular en Tebas. Su nombre: Ureeti. ¿Por qué se había alegrado de ver a Arvia, y por qué pretendía hablarle? Tenía una razón: ser su madre. Y otra razón también: el interés material. Los viejos decían que en otro tiempo la pordiosera había sido hermosa, pero a la sazón, los años, los dolores y los placeres ha-

bían borrado de ella, como jueces implacables de su conducta, todo vestigio de belleza.

Arvia no consideraba a su madre como tal, pues jamás ésta le hiciera sentir el sublime amor que guía los pasos vacilantes de la niñez. Sabía que lo era, pero en compensación de que su vida no era suya por haber sido vendida como una mercancía cualquiera, su corazón no pertenecía a nadie más que a su fantasía de doncella. Era lo único exclusivamente libre de su persona, ya que ni eso—*que no come pan*—había sabido conservar la que le diera el ser.

La harapienta mujer presentóse a Arvia y pretendía que su hija le entregase una joya que ornaba uno de sus brazos, para sacar dinero con su venta.

Mas la esclava se negó a complacerla.

Ofuscóse la mendiga.

—¡Ah, infame! ¡Desprecias a tu pobre madre, a la que te ha servido siempre como esclava, a la que te ha vendido nada menos que a la hija del Faraón!—la recriminó.

—¡No! ¡No puedo!... ¡Este brazaletes que tú quieres es regalo del príncipe Tut-Ankh-Amen!

—Si te regaló este que llevas, no te será difícil lograr de él otro igual, y harás una buena acción a esta pobre mujer que tienes delante.

—¡No, imposible!

—¡Pues te lo exijo, como madre que te soy!

—¡Suéltame el brazo! Nada has de conseguir de mí, y mucho menos a la fuerza.

Pero la mendiga codiciosa seguía haciendo esfuerzos para quitarle a Arvia el valioso brazaletes, y ésta se resistía a ello con toda su alma.

Acaso la pordiosera habría vencido la oposición de su hija, con brutalidad, de no haber llegado al-

guien en la plaza del mercado dispuesto—al presenciar la querrela de las dos mujeres—a defender a la más joven.

El desconocido era el príncipe Nirari de Siria, que estaba prometido por razones de Estado a la princesa Ankhanasaton, y que se había decidido a hacer el viaje a Tebas disfrazado de mercader de gemas, para conocer a su futura esposa.

La intervención del forastero en la desagradable escena de la que eran protagonistas una madre sólo de nombre y una hija que jamás conociera las dulzuras que merecía de aquélla, fué favorable para Arvia, pues conservó el brazalete.

En cuanto a Ureeti, hubo de dejar en paz a la esclava, porque el brazo del Príncipe de incógnito era convincente.

Nirari, impresionado por la radiante hermosura de Arvia, no pudo por menos de susurrarle en el tono de voz más dulce que pudo emplear:

—Si temes algún peligro, hermosa doncella, mi brazo está dispuesto a defenderte...

—Gracias, amable viajero—respondió la preciosa muchacha, turbada al sentir la caricia suave de las miradas de Nirari.

—Eres tan bella y tan dulce como una noche de verano... ¡Me agradaría tanto volver a verte!...

Arvia bajó al suelo sus lindos ojos, y alejose camino de palacio... volviéndose una y hasta tres veces para mirar a hurtadillas al gentil desconocido.

El acompañante del Príncipe sirio se permitió aconsejarle al oído:

—Príncipe, no debes seguir aquí... Es peligroso para una persona de tu rango...

—¿No te he dicho que me presentaré como el

comerciante Karmit?... Vete, vete a casa de mi primo y espérame allí.

Al quedar solo, el sirio entró en una tienda del mercado, con apariencia de posada, y su dueño, hombre bajito pero experto en sonsacar dinero a los forasteros, salió a ofrecerle los servicios de su *acreditada* casa.

—¿Deseas que te presente hermosas mujeres, extranjero? Las tengo de ojos grandes de gacela, las tengo de cabellos tan negros como la noche...—le propuso.

—No, gracias—declinó el Príncipe—. Sólo deseo que me sirvas un vaso de leche.

Refunfuñó el insignificante *traficante* ante el mediocre negocio que le proporcionaba el nuevo cliente, y sirvióle la leche pedida por él.

Mientras el sirio la bebía degustándola, vió llegar frente a sí una comitiva regia.

El que ocupaba el sillón que transportaban numerosos esclavos, era nada menos que el príncipe Tut-Ankh-Amen, gran canciller del reino, que esperaba llegar a ocupar un día el trono de los faraones en el palacio de Tebas.

Un famélico plebeyo se adelantó hacia el futuro gobernante para suplicarle protección para su hambrienta familia, pero uno de los soldados del séquito le derribó al suelo de un latigazo.

El sirio sintió que la sangre se agolpaba en su cerebro y obedeciendo a un impulso humano, se precipitó a librar del maltrato del soldado al infeliz plebeyo.

Los alfareros y demás industriales y comerciantes del mercado no volvían de su asombro ante el temerario gesto del *mercader de gemas*.

Los esclavos de Tut-Ankh-Amen arremetieron contra el sirio, a un gesto del primero, pero Nirari

daba sus golpes con tino y esquivaba los de los adversarios con acierto.

Indignado por la ineficaz lucha de su gente contra el osado, Tut-Ankh-Amen tomó parte personalmente en la querrela.

—¡Perro extranjero! ¿Cómo te atreves a maltratar a mis esclavos? ¿No sabes acaso quién soy?—le objetó cara a cara.

—La violencia consumada con este desventurado ser que yace a tus pies, merece un ejemplar castigo.

—Eso es de mi incumbencia y pagarás caro tu atrevimiento en interrumpir mi paso por la ciudad. ¡Pronto! ¡Apoderaos a una de este insolente!

—¡Y a esto le llamáis aquí justicia!—protestó Nirari forcejeando con los esclavos de Tut-Ankh-Amen.

El número de contrincantes venció al noble sirio, que fué reducido a la impotencia.

—¡Atadlo y conducirlo a palacio!—ordenó luego rencoroso el príncipe de Tebas.

Y así fué cómo Nirari entró en palacio.

*
**

En la vasta sala de Justicia del palacio esperaba, en el sitio de honor, la princesa Ankhánasaton, el juicio de los delincuentes de aquel día.

Desde la ausencia del Faraón gobernante, la justicia había sido sustituida por la crueldad.

Después del Trono, y aun en ocasiones sobre el mismo trono, estaba el poder del Sumo Pontífice Paheri, hombre astuto y ambicioso, que, como los Grandes Sacerdotes de la época, mostraba un rostro de esfinge bajo su barba y sus cabellos postizos,

Paheri colocábase sobre las gradas del tribunal a izquierda de la Princesa.

Empleza la labor de la justicia.

El Sumo Pontífice presenta a los acusados.

—Estos hombres se han negado a trabajar en la construcción de tu tumba, Alteza. Alegan como pretexto que se encuentran débiles a causa del hambre prolongada que sufren.

La odiosa y odiada mujer dicta la sentencia que se le ocurre al momento.

—Cien latigazos a cada uno, y si después de este castigo alguno de ellos se niega a trabajar, que lo desuellen vivo.

Protestan los castigados, mas sus lamentos se pierden en la frialdad del tribunal.

Le toca el turno al segundo caso.

—Este hombre ha robado una ternera para sacrificarla en el templo de Isis. El fin que este hombre perseguía era bueno sin duda, aunque los medios fuesen reprobables. Yo aconsejaría la clemencia...

—...Pero esta clase de crímenes no puede quedar impune.

—Piensa, Alteza, que los dioses lo protegerán...

—Quiero hacer con este hombre un escarmiento que sirva de ejemplo a los demás. Que le corten ambas manos.

—¡Piedad!... ¡Piedad!—clama el infeliz.

El Sumo Pontífice intercede de nuevo en favor del pecador por adorar a Isis, pero niega el perdón de la Princesa, y el condenado verá pronto cumplida la sentencia.

En este momento llega el Príncipe.

—Te pido perdón por mi tardanza, Princesa, pero un perro extranjero se cruzó en mi camino y

tuvo la inaudita audacia de maltratar a mi gente y faltóme al respeto.

—Tráelo a mi presencia, que aquí encontrará la justicia suprema.

Nirari avanza sin temor.

—¿Quién eres, extranjero?—pregunta la Princesa.

Nirari ha visto brillar en los ojos de la Princesa la admiración que su arrogancia le ha producido, y contesta, previa rápida reflexión:

—Me llamo Karmít y soy mercader de gemas. Hallándome en Tiros me elogiaron de tal modo tu belleza peregrina, que decidí venir a comprobarlo...

Tut-Ankh-Amen frunció el ceño al oír esas palabras y al comprender que no le parecían desagradables a la Princesa. El Sumo Pontífice también advirtió cómo se erguía ufana la halagada mujer, y ansiaba conocer el final de la aventura.

Tut-Ankh-Amen cortó por lo sano los elogios.

—¡Princesa, nos apartamos del asunto! ¡Ese sirio maldito me ha insultado y ha maltratado a mis esclavos! ¡Pido que se le azote, como merece su osadía!

—Tut-Ankh-Amen, ¿desde cuándo has olvidado tu corrección?... Más valdría estimular ese valor. Egipto necesita hombres enteros, que para momias ya tiene bastantes en sus sepulcros—responde la Princesa.

Tut-Ankh-Amen se ve precisado a guardar silencio, pero Paheri dícele a aquélla:

—El Príncipe tiene razón, Alteza... Estos extranjeros son un peligro para la nación y deben ser castigados duramente.

Es inútil intentar que se condene a Nirari. La Princesa se niega a ello en absoluto... pues ese hom-

bre, que es apuesto, y que tan briosamente ha hablado de su *belleza peregrina*, le gusta.

De modo que ordena.

—Soltad a ese hombre y cuidad sus heridas.

No es necesario decir el disgusto que el fallo de la Princesa produce al Príncipe y a Paheri.



—¡Pido que se le azote, como merece su osadía!

En el templo de Amen-Rá, los egipcios, obligados por el Sumo Pontífice Paheri, realizaban continuamente sacrificios, a pesar de la miseria que como una plaga assolaba la nación.

El encargado de recibir y consumir los sacrificios era el buen sacerdote Ti, cuyo corazón era

como un cofre de sándalo, eternamente abierto para guardar en su interior los dolores de todos los pobres y de todos los oprimidos.

Vaya a su haber este ejemplo:

—¡Oh, por favor, no mates a mi ganso! Mi pobre madre, que quí ves llorando, se moriría de pena—dícele una niña al sacerdote.

Este se apiada, rechaza el sacrificio y devuelve el ganso a la cuitada.

—Guarda tu ave, buena mujer. Ya sacrificarás cuando vengan mejores tiempos para tu familia.

Entretanto, en palacio, la Princesa hablaba en la intimidad de sus habitaciones con Nirari.

—Me interesas profundamente, extranjero... ¿No has amado nunca?

El sirio disimulaba ser tímido, aunque tuviera deseos de reírse, y responde a la coqueta:

—El amor no ha llamado todavía a las puertas de mi corazón... Al menos, hasta ahora...

El idilio es bruscamente interrumpido por la aparición de Paheri, que se presenta ante la Princesa.

Esta le hiere con la mirada y le dirige, enojada, este reproche:

—¿Cómo te atreves a entrar en mis habitaciones sin mi consentimiento? ¿No he dado orden de que no se me molestase?

—Es un asunto de Estado lo que me trae aquí, y conveniente será que lo tratemos a solas.

Nirari cumple con un deber de discreción pasando a una habitación inmediata, y sin testigos hablan, la Princesa y Paheri, así:

—¿No sabes que podía mandar que te matasen por esta osadía?

—Princesa, en la sala de Justicia me insultaste y yo cedí a tu voluntad... Pero ahora se trata de al-

go más grave. Has desafiado a los dioses al hacer matar a la fiera sagrada.

—¡Debía hacerlo! ¡Me hirió! ¡No me pesa!

—En lo que afecta a la Religión, mi poder es omnímodo, ya lo sabes. Si no te arrepientes de tu pecado, pondré en tu lugar en el trono al príncipe Tut-Ankh-Amen.

—No tolero imposiciones de nadie. ¡Andate con cuidado, Paheri!

—Lo mismo te digo, Princesa.

*
**

Algunos días después, firme en el propósito audaz que ha concebido de destronar a la Princesa, Paheri conspira con el Príncipe en los jardines de palacio.

—Han llegado nuevas de que el príncipe Nirari de Siria debe contraer matrimonio con nuestra Princesa. Lo más grave es que, al parecer, el Faraón se muestra partidario de esa alianza.

—Sí, algo sé de ese asunto.

—Si eso llegara a realizarse, nuestros dioses y nuestros templos serían destruidos, y los sirios harían desaparecer hasta el rastro del Egipto actual.

—Debemos evitar ese descalabro...

—En ti está nuestra única esperanza. Con mi ayuda puedes llegar a ocupar el trono antes de la llegada del Príncipe sirio. Y entonces, cuando seas el Faraón de Egipto, no olvidarás a tu fiel servidor Paheri...

Por otro lado de los jardines de palacio, paseaban la Princesa y Nirari, aquélla procurando atravesar el amor del *merceder de gemas*.

De pronto, entre el ramaje ocultóse un plebeyo. Se habra introducido subrepticamente en palacio.

Era Sefi, el hijo del adorador de Isis cuyas manos hizo cortar la Princesa. Con un pensamiento único, el de la venganza, aguardaba la oportunidad de satisfacer su sed de sangre.

Y esa oportunidad llegó. La Princesa fué derribada por Sefi, cuchillo en mano, sin que Nirari pudiera hacer más que detener el brazo vengador del desesperado muchacho. Dióse éste a la fuga al



—La Princesa fué derribada por Sefi...

ver fracasado su intento, y Nirari ayudó a incorporarse a la Princesa.

—¿Estás herida?—le preguntó, temeroso de que Sefi la hubiera asestado una cuchillada.

—No es nada... un ligero desvanecimiento...—pronunció la asustada mujer, recobrándose.

Y añadió, con gratitud en los ojos y en los labios, en sus habitaciones, a donde la condujo en brazos Nirari:

—Eres valiente, Karmit... No vacilaste en arriesgar tu vida por salvarme...

—¡Bah! Eso no tiene importancia. Lo haría igual por cualquiera que estuviere en peligro.

—Te haré rico y poderoso... y no te separarás nunca de mi lado...

—¡Oh, Princesa, yo no merezco tan excesiva recompensa! Pero... ¿no ibas a contraer matrimonio con un Príncipe de mi país?

—Ese matrimonio ya no me interesa.

—¡Ah!...

—Después de haberte visto, sólo tu imagen llena mi corazón.

—¡Oh, Princesa, qué buena eres conmigo!

Aquí, llegó una esclava.

—Perdona que te interrumpa, Alteza... pero es hora de que te arregles para el banquete.

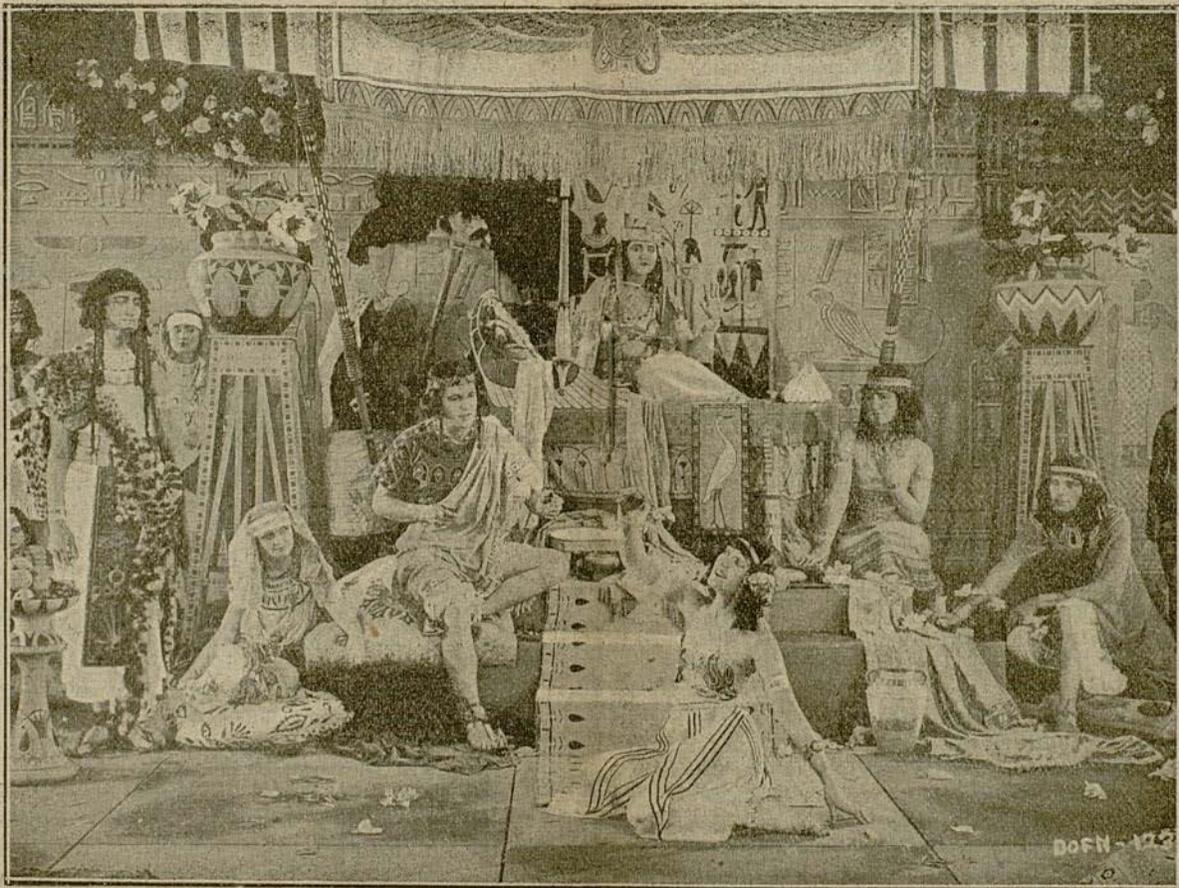
—Es verdad. ¿Vendrás esta noche a la fiesta, Karmit?... ¡Prométemelo!

—Vendré, Princesa...

Muy avanzada la noche, la orgía continuaba en los salones del palacio.

Nirari y Arvia se reconocieron en secreto y el encuentro fué agradable para ambos, mucho más para el sirio, pues en Arvia nació la duda de que el extranjero no podría nunca amarla a ella porque él amaba a la Princesa.

La danzarina recreó los ojos de Nirari—que la contemplaba embelesado—con sus danzas exóticas, lanzando flores.



Creyendo agradecer a la Princesa, Arvia arrojó a Nirari la simbólica flor de loto...

Creyendo agradar a la Princesa, Arvia arrojó a Nirari la simbólica flor de loto... pero no logró con ello—aparte de la alegría del sirio—más que indisponer contra ella a la Princesa.

—¡Fuera de aquí, insolente! ¡Ya pagarás más tarde tu osadía!—le objetó la Princesa.

Arvia, presa de temor, desapareció hacia el jardín.

Nirari no pudo por menos de preguntar a su enamorada:

—¡Oh, Princesa! ¡Por qué eres cruel con esa pobre niña?

Y aquélla contestó con evasivas.

Mientras seguía la fiesta, Arvia, sola en la noche, abandonada de todos y ante la proximidad del castigo, tenía un deseo único y obsesionante: morir.

—¡Oh, tú, Isis la misericordiosa, la madre de todos los que necesitan consuelo, perdóname si voy en busca del eterno olvido y de la eterna paz!

E iba Arvia a arrojarse en las aguas de un mudo estanque, cuando se sintió presa de unos brazos: Tut-Ankh-Amen la devolvía a la vida.

—¡Déjame! ¡Déjame, por favor! ¡Quiero morir!—protestó Arvia.

—Tu vida no te pertenece... Una joven tan bella como tú debe vivir... para el amor... para el placer...

Arvia comprendía las intenciones del Príncipe y pugnaba por desasirse de él.

Mas Tut-Ankh-Amen la ceñía con fuerza y acercaba cada vez más sus labios a los de la hermosa doncella.

Nirari, que llegaba hasta ellos en busca de Arvia, salió por segunda vez en defensa de ella, sin respetar la jerarquía del atrevido.

—¡Cobarde!—le dijo, separándolo enérgicamente de Arvia.

El Príncipe iba a repeler la brusquedad de Nirari, mas la danzarina se puso por medio:

—¡Por los dioses, sé prudente, Tut-Ankh-Amen!... ¡Piensa lo que diría la Princesa!

—Tienes razón. ¡Sería ignominioso para un hombre de mi alcurnia luchar con un sirio plebeyo por el amor de una danzarina!

—Y, *prudente*, Tut-Ankh-Amen se reintegró a la fiesta de palacio, odiando a muerte a Nirari.

—¡Oh, extranjero! ¡Te has hecho un enemigo en el Príncipe y temo por tu vida!—manifestó Arvia a Nirari, temerosa de que algo malo le ocurriera a su salvador.

—¡Pobre Arvia! Te han humillado, han hecho llorar tus ojos divinos, que deberían reír siempre... —murmuró amoroso Nirari a la preciosa criatura, cuya belleza ejercía atracción en él.

Arvia le miraba agradecida, y un íntimo sentimiento le decía que ella amaría a aquel desconocido con toda su alma toda su vida.

—Acepta esta sortija. Me llevará a tu lado para defenderte cuando te encuentres en peligro—agregó Nirari, entregándole a Arvia un anillo, símbolo tal vez de una promesa tácita de amor, de lazo...

El despecho de Tut-Ankh-Amen le llevó al extremo de decirle a la Princesa:

—¿Quieres saber dónde está tu sirio? Echa una mirada al jardín y pronto quedará satisfecha tu curiosidad.

Así lo hizo la Princesa, y el idilio correcto y sentimental que presenció, la llenó de celos.

—¡Conduce a esa danzarina a mis habitaciones!—ordenó a un esclavo.

Nirari quiso ayudar a Arvia, y le dijo al sepa-

rarse ella de su lado para obedecer la orden de la Princesa:

—Déjame ir contigo... Yo le hablaré a tu señora y obtendré tu perdón.

—¡No! ¡No! ¡Se enojaría aún más!

*
**

La Princesa esperaba en sus habitaciones a Arvia.

—¿De modo que has decidido convertirte en mi rival?... ¡Habla, maldita!—profriró iracunda apenas la vió llegar.

—¡Perdón, Princesa! ¡Yo no hice nada malo! ¡Te lo juro!

—¡Lo he visto todo por mis propios ojos! Es inútil negar. ¡Boras! ¡Trae el látigo!

El corpulento esclavo facilitó el instrumento justiciero a la Princesa, y ésta lo descargó con furia sobre las espaldas de Arvia. Después de la flagelación, encargó a Boras:

—¡Llévala al mercado de esclavos y que mañana sea vendida a cualquier precio!

—¡Piedad! ¡Piedad!... ¡Yo no hice nada malo!—clamaba Arvia.

Pero sus súplicas no hicieron mella en el inhumano corazón de la Princesa.

Conducida al mercado de esclavos de Muschun, donde la carne humana era una mercancía de escaso valor. Arvia fué puesta a la venta como la más hermosa de todas las esclavas, y llovieron buenas ofertas.

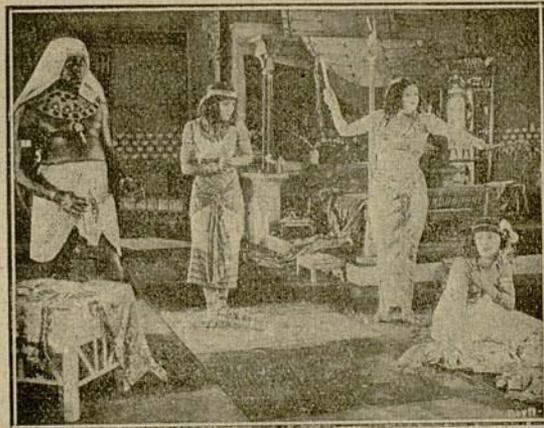
Un potentado egipcio, alto, grueso y con cara de perro, iba a llevársela por ser él el mejor postor, mas Nirari, al acecho, libertó a Arvia entre el desconcerto general, y la condujo a casa de su pa-

riente, en cuyo jardín, bajo la lámpara de plata de la luna, y junto a un silencioso surtidor de ancha copa en cuyo líquido lecho se deslizaban plácidamente dos albos cisnes, el amor cantaba su eterna sonata...

—A tu lado me siento tan segura y tan dichosa...

Una luz rasgó el cielo. Arvia estremeciése.

—No temas. Esa estrella fugaz no puede ser un



...Y ésta lo descargó con furia sobre las espaldas de Arvia.

mal presagio para nosotros. ¿No te han traído los dioses cerca de mí?

—Sí, y ya no tiemblo. ¡Eres tan noble!

—¡Y tú adorable, Arvia... más bella que el más bello amanecer!... ¡Te amo... te amo!... Tus labios son como pétalos de rosa humedecidos por el rocío.

—Yo te amo también... aunque no sé siquiera quién eres... Nunca me has dicho tu nombre...

—¡Oh! Te lo hubiera dicho antes... Soy...

No pudo acabar la frase: Tut-Ankh-Amen y varios esclavos raptaban a Arvia. Nirari arremetió contra todos e hirió a uno de aquéllos, pero no pudo evitar, por más que hiciera, que el resto se llevara a su amada.

A la mañana siguiente, la Princesa recibió la queja de la esposa de uno de los esclavos de palacio.

—¡Justicia, Princesa, justicia!... ¡Mi Barja ha sido asesinado! Anoche, el príncipe Tut-Ankh-Amen raptó a la danzarina Arvia... y en la lucha que sobrevino fué asesinado mi marido.

—Avisad en seguida al Príncipe, y si es él el culpable...—mandó la Princesa.

Pero el Sumo Pontífice, que estaba con ella, contestó a la Princesa:

—No es el Príncipe el asesino. El se limitó a raptar a Arvia, arrebatándola a Karmit, el mercader sirio, que la tenía en su poder.

—¡Mientes, Paheri!—exclamó la Princesa al oír que se acusaba al hombre que había interesado su corazón.

—Puesto que no me crees, en la evidencia sí que tendrás que creer. ¿Reconoces este arma?

—¡Su daga!

—¿Crees?

—¡No, no te creo! ¡Este es otro de tus planes para engañarme!

—Entonces, al menos, permite que él niegue su delito en tu presencia.

—¡Basta! Yo sé lo que debo hacer.

Atormentada por el demonio de los celos, aguardaba la Princesa la llegada del fingido mercader de gemas.

—¿Es cierto que llevaste a tu casa a la danzarina Arvia?—preguntó a solas.

—No hice más que sacarla de entre las garras de los buitres del mercado. Cualquier hombre con sangre en las venas hubiera hecho lo mismo que yo.

—¿No comprendías que esa acción tuya me humillaba?

—Princesa...

—¿No comprendes, Karmit, que te amo, que no puedo vivir sin ti, que me consideraría feliz siendo tu esclava?

La Princesa echó sus brazos al cuello de Nirari, dispuesta a dejarse besar por él, tentándole ella, pero su decepción fué terrible al ver que el falso mercader apartaba sus labios de los que ella le ofrecía voluptuosamente.

—¡Y pensar que yo, la hija del Faraón, he descendido a tanto!...—se reprochaba amargamente.

Y el amor propio herido trocó en odio el cariño de la Princesa.

—¡El populacho rodea el palacio y trata de forzar las puertas!—vinieron a comunicarle a aquélla en tan crítico momento.

—Encarcelad a éste hombre. Más tarde decidiré de su suerte—ordenó, por Nirari.

*
**

Sin ayuda alguna, porque el príncipe Tut-Ankh-Amen se había llevado consigo la guardia de palacio para efectuar una salida por los alrededores, la defensa contra la invasión del pueblo era más que imposible.

Paheri dijo a la Princesa:

—Nada podrá apaciguar a esas turbas más que un sacrificio humano...

Y el Sumo Pontífice puso en juego su astucia para aplacar la cólera del pueblo y, al mismo tiempo, librar a la Princesa de una rival peligrosa.

Aquella aceptó inmolar a la danzarina, y ésta fué llamada a su presencia, pues había sido conducida de nuevo a palacio por capricho del Príncipe.

—¡Alégrate, Arvia! ¡Has sido elegida para ser sacrificada a Sobek, el dios de los cocodrilos! Es una honra que no deberías rehusar... pero el sacrificio debe ser hecho por propia voluntad—le dijo Paheri.

—¡No, no quiero morir! ¡Soy demasiado joven y el amor ilumina en estos momentos mi vida!

—El amor debe sacrificarse a los dioses. Piénsalo bien, Arvia. El pueblo está hambriento y los dioses han de ser apaciguados para que las aguas del Nilo fecunden los campos... De tu vida depende la vida de toda una nación.

—¡No, no puedo!

Entonces, la Princesa, intervino:

—¿Crees que si te niegas al sacrificio vas a disfrutar del amor de Karmit? ¡No y mil veces no! Antes de amanecer morirá. Lo haré matar lentamente y tú presenciarás su suplicio...

—¡Oh, no, eso no! ¡Piedad, Princesa!

—¿Entonces... te decides?—insistió Paheri.

—Estoy dispuesta a morir... pero a condición de que a él se le conceda la vida—dice, al fin, por amor, la pobre danzarina.

Entretanto, en la celda donde ha sido encerrado, Nirari empezaba a temer por su libertad. La no-

che avanzaba y la Princesa no había dictado su liberación.

En el templo, por entre las columnas sagradas, desfilaron los sacerdotes, ocupados en los preparativos del gran sacrificio que había de calmar las iras del pueblo.

Como castigo a su excesiva indulgencia, el sacerdote Ti había sido elegido por Paheri para realizar el sacrificio.

La mendiga Ureeti se presentó inopinadamente a aquél, en el templo, y le habló de esta manera:

—¿No me conoces, sacerdote?

—¿Quién eres y qué quieres?...

—Soy Ureeti...

—¿Qué dices?...

—Soy la Ureeti que amaste en otro tiempo hace ya muchos años... ¿No te acuerdas?... Entonces era yo joven y hermosa, mientras que ahora...

—¿Pero es posible?...

—Cuando te fuiste a la guerra, me abandonaste... Pero lo que tú no sabes, lo que nunca supiste, es que una niña nació de nuestros amores...

—¿Una hija? ¿Y dónde está esa niña?

—Allí... vistiendo sus galas de novia para el sacrificio.

—¡Eh!! ¡Arvia es mi hija! ¡Oh, dioses! ¡Yo que le di la vida, tengo que darle la muerte! ¿Por qué no me lo dijiste antes, Ureeti?

—Desde tu abandono te aborrezco... y hoy, al fin, aunque en parte me duela, me vengo de ti. Tú matarás a Arvia cuando apenas acabas de saber que es de tu sangre. Tu dolor será mayor que el mío, y mi venganza se cumplirá.

Anonadado, Ti seguía preparando lo necesario al sacrificio.

Nirari se enteraba, por la conversación de sus

celadores, del citado sacrificio, y cuando uno de éstos marchóse a ocupar su puesto en el templo donde había sido llamado, aquél llamó por la reja de su encierro al otro guardián, y le dijo:

—¡Pronto! ¡Si me ayudas a escapar, puedo darte tierras, riquezas, todo lo que ambiciones! ¡Soy el príncipe Nirari de Siria!

—¡Tú, un hijo de rey? No me hagas reír, mercader de gemas.

—Puedo probártelo. Mira.

El celador introdujo un brazo por la ventanilla para tocar algo que Nirari le mostraba, y éste aprovechó la situación para, doblándole el brazo a aquél, obligarle a abrir la celda.

Así pudo acudir al templo.

La Princesa asombróse al verle aparecer dispuesto a protestar del sacrificio y arengar a su favor al pueblo, y mandó a sus esclavos que le hicieran callar.

Ti no se decidía a colocar a la novia de Sobek, el dios de los cocodrilos, el brazalete sagrado, cuyo broche envenenado daba la muerte y el descanso eterno, pero, apremiado por Paheri, tuvo que realizar el sacrificio.

Nirari se moría de pena sujetado por los esclavos.

*
**

Arvia cayó víctima del sagrado brazalete, y fué conducida a uno de los subterráneos del templo, para ser arrojada a un lago donde esperaban hambrientos infinidad de cocodrilos.

Una trampa ponía al descubierto ese lago.

Ti la abrió mediante un resorte, pero no se decidía a arrojar el cuerpo de su hija en el lago.

Entretanto, Nirari era puesto en libertad, pues la Princesa había dado su palabra de hacerlo a cambio del sacrificio de Arvia.

Paheri quiso cerciorarse de que los dioses ya estaban apaciguados con el sacrificio consumado, y bajó al subterráneo para comprobar la perfecta realización del hecho.

—¡Traidor! ¿Cómo has osado retrasar el sacri-



...pero, apremiado por Paheri, tuvo que realizar el sacrificio.

ficio?—increpó a Ti al ver que todavía Arvia seguía depositada en la piedra sagrada frente a la trampa del lago.

—¡Perdónala, señor! ¡No tendrás valor para arrojar a los monstruos del río esta inocente criatura!

—¡Cómo! ¿Te atreves a desafiar a los dioses? Yo mismo, pues...

—Espera... ¡No... todavía no!... ¡Es mi hija!

—¡Los dioses no pueden ser engañados!

Y Paheri, queriendo empujar el cuerpo de Arvia hacia el lago, cayó él mismo en él, por efecto de un esfuerzo mal calculado.

Los cocodrilos saciaron su hambre a sus anchas.



—¡Traidor! ¿Cómo has osado retrasar el sacrificio?

Nirari consiguió penetrar en la cámara de muerte donde esperaba encontrar el cuerpo de su adorada, y recibió en ella la mayor alegría de su vida.

La propia Arvia, tan viva y hermosa como antes, se adelantaba a él.

—¿Eres tú?

—¡Has venido!... ¡Ya sabía yo que vendrías! Y se abrazaron con frenesí.

—Pero... yo no puedo creer que estés realmente viva...

—Fué mi buen padre quien me salvó... Este es mi padre... Sí, el sacerdote Ti.

—No comprendo... Yo mismo vi el brazaleté envenenado en su muñeca... la vi caer...—dijo Nirari a Ti, quien le respondió:

—Cuando yo le dije a mi amigo el médico que era hija mía, sustituyó el veneno del brazaleté por un narcótico inofensivo. Lo demás fué simulado.

—¡Qué dichoso soy, Arvia!

—Un barco sirio está en el Nilo pronto para partir... ¿No podrás ayudar a escapar a mi hija?—suplicó Ti a Nirari.

—Sí. Esta noche saldré de Tebas para siempre.

—¿Me llevarás contigo?

—Ahora que te he encontrado, nunca más te separaré de mí.

En la tierra seca de Egipto, un alma cruel, pero alma de mujer al fin, suspiraba por el amor perdido...

—Hay que olvidar, Princesa. Nosotros, los que llevamos sangre real en las venas, tenemos que vivir para nuestro pueblo. Quizás en los días venideros, cuando se disipen esas sombras que hoy empañan tu vida, aspiraré al honor de compartir contigo las pesadumbres del gobierno—decíale Tut-Ankh-Amen a la Princesa, con miras interesadas.

Y sobre las aguas del Nilo, bañadas en luz de luna, un barco se deslizaba hacia la felicidad...

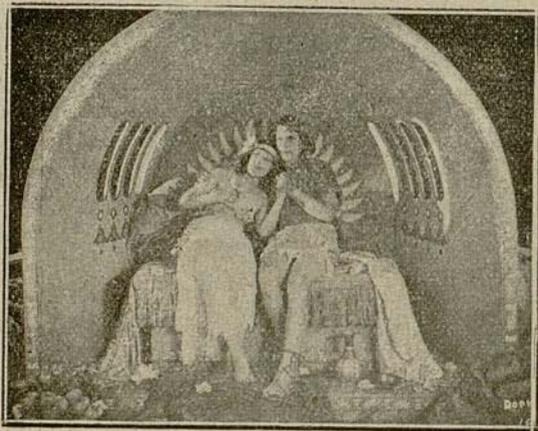
Un servidor de Nirari descubrió a Arvia que éste era Príncipe, pues le llamó así, y asombrada ella le dijo:

—¡Te llamó Príncipe! ¿Qué quiere decir eso?

—Lo soy, Arvia...

—¿Entonces no eres un mercader de gemas?

—Lo fui una vez... pero he encontrado la joya más bella del mundo y la llevo a mi patria, para



...un barco se deslizaba hacia la felicidad...

que adorne mi trono de Siria.

- Y el barco proseguía su rumbo... llevando en su seno a dos seres hacia el amor...

FIN

(Revisado por la censura militar) (Prohibida la reproducción)

¿Tiene usted ya

La Hermana Blanca

el último libro publicado de la Biblioteca

Los Grandes Filmes

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA?



Títulos de los libros publicados en esta
BIBLIOTECA

Los hijos de nadie

El triunfo de la mujer

El Prisionero de Zenda

El joven Medardus

Los enemigos de la mujer

Una mujer de París

El corsario

Para toda la vida

Cyrano de Bergerac

De mujer a mujer

Próximo número EXTRAORDINARIO

Sábado, 28 del corriente mes

La magnífica novela:

LA MUJER MÁS BONITA DEL MUNDO

Interpretación de la encantadora artista

LEE PARRY

*La mujer más bonita es la que
sabe agradar más a los hombres*

64 páginas de texto :—: 20 fotografías

Postal-fotografía-regaló: LEE PARRY

Precio excepcional: 50 céntimos

¡No deje de adquirir tan sugestiva novela el
mismo sábado de su aparición!